

EL Atlante.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

N. 386.

Lunes 21 de Enero de 1839.

EN LA PROVINCIA.

franco de porte.

un mes 14 rs. vn.

tres meses 40.

SUSCRIPCION.

en esta Capital.

un mes 12 rs. vn.

Sta. Inés V. y Mr.

SITUACION ACTUAL.

CONDUCTA QUE DEBE SEGUIRSE.

Las renunciaciones que de los cargos de secretarios del Despacho han hecho los Sres. D. Antonio Gonzalez y D. Francisco Agustin de Silvela, ha sido uno de aquellos sucesos imprevistos, que paralizando la marcha legal de la revolucion española, ha puesto en grave compromiso la salvacion de la patria. Los Sres. Gonzalez y Silvela, por un efecto de estremada delicadeza, muy recomendable por cierto en otras circunstancias, pero inoportuna por no llamar imprudente en las actuales, han abandonado el único terreno donde hubieran podido noblemente y con conocidas ventajas servir al partido á que pertenecen, y dado un gran paso á favor de la consolidacion de nuestras instituciones. Cuando no se codicia el poder, cuando este es ofrecido sin reserva y el hombre puede decir sin avergonzarse, que reúne la doble investidura de representante del pueblo y depositario de la confianza de la corona, porque no ha cometido bajeza para obtenerla, entonces debe aceptarlo, haciendo el sacrificio de una delicadeza que es un malen política, y mal gravísimo, cuando por la individualidad se desatiende el bien del procomunal.

La crisis que ha tenido privada á la nacion por espacio de un mes de ministerio, se terminó con la llegada del general Alaix. D. Evaristo Perez de Castro fue nombrado ministro de Estado: el Sr. Pita de Hacienda; de Gobernacion el Sr. Silvela; para Marina el Sr. Chacon y para Gracia y Justicia el Sr. Gonzalez. Este ministerio así constituido, era un paso verdaderamente progresista, por cuanto la mayoría pertenecía al progreso y vamos

á probarlo.

El Sr. Alaix, representante de las ideas del general Conde de Luchana no puede pertenecer á otro partido, pues que los gefes del mando moderado acaban de ser calificados por el Sr. Conde de una manera terminante, y consignadas están sus ideas y promesas en la representacion última que elevó á la corona.

El Sr. Chacon fue nombrado para el mismo cargo que en el dia ejerce, durante la primera administracion del Sr. Mendizabal; y este dato es mas que suficiente para convencer, que las ideas de S. E. estarían de acuerdo con las de aquel ministro de Hacienda. *

Los Sres. Gonzalez y Silvela, están afiliados en el partido progresista y tenemos por consiguiente cuatro ministros, que con mayor ó menor exageracion profesan la misma doctrina.

Ahora bien, si la mayoría estaba en favor del progreso ¿qué inconveniente pudieron tener los Sres. Gonzalez y Silvela en admitir? ¿Pues qué, un hombre de estado, un hombre de partido, cuando se trata de asegurar el poder en favor de aquel á quien pertenece, asegurando tambien por este medio el triunfo de las instituciones por él creadas, debe reparar en el necio que dirán por haberse asociado á un hombre cuya popularidad es dudosa? ¿Pues este hombre constituido en una minoría imperceptible no se hubiera visto precisado á seguir la mayoría, ó á abandonar un puesto donde sus planes se verían diariamente destruidos? Esto suponiendo que el Sr. Pita, renegando enteramente de sus principios políticos, tratara de proteger

* El Sr. Onis, secretario de las cortes constituyentes, ha votado con aquella, si su opinion no es enteramente pronunciada, está por lo menos mas inclinada al partido progresista.

un partido al que nunca perteneció, y al que probablemente no pertenecerá, sino en el caso que indicaremos mas adelante.

Pero aun suponiendo que el poder del Sr. Pita fuera tal, que sus ideas hubieran de triunfar á pesar de hallarse en minoría, entonces en buen hora que los Sres. Gonzalez y Silvela, desistiéndose de sus cargos se retiraran á dar cuenta á los respetables cuerpos á que pertenecen de las razones que para ello les asistían; y por este medio tan legal, tan noble, tan justo, tan constitucional, hubieran herido de muerte y para siempre á sus adversarios políticos, y hecho perder la fuerza moral al hombre que los había asociado á su destino.

La renuncia prematura de unos destinos por medio de los cuales, en muy poco tiempo hubieran podido hacer tantos bienes, acallar tantas quejas, reparar tantas injusticias, ha producido el triste y lamentable espectáculo de ver estos mismos altos y honrosos destinos desempeñados por los Sres. Hompanera y Arrazola, sujetos agregados al contrario bando, miembros de la antigua mayoría, que ni ofrecen garantías por sus antecedentes políticos ni por su posicion social. El partido progresista está por consiguiente en minoría en el ministerio, y esta desagradable é inesperada situacion cuando el triunfo era seguro, la debemos á un exceso de delicadeza, pero que como todo exceso ha perjudicado y retardado la radical curacion de nuestras dolencias. Eternamente pesará sobre los Sres. Gonzalez y Silvela el terrible cargo de haber dejado escapar la victoria, que el partido del progreso había obtenido á fuerza de resignacion, y de sacrificios sin cuento: victoria con que contaba la nacion para salir del espantoso caos en que la han sumido los desaciertos de un partido ambicioso, inepto y desacreditado.

Nuestra situacion, pues si bien

mejora en algun tanto, no lo es cuanto deberia serlo; pero pudiera empeorarse mas todavia si guiados de un falso principio nos eliminamos la voluntad del único hombre que ha tenido la habilidad, el talento de hacerse necesario y aun indispensable en tan apuradas circunstancias.

Si las minorias parlamentarias, deseando volver á conseguir una victoria que desgraciadamente se les escapara de entre las manos hacen una cruda guerra al hombre, que tendiéndoles una mano amiga, (fuera por interés personal ó por otras miras) las ha convidado con la participacion del poder, nada tendria de extraño, que este hombre, replegándose sobre las antiguas mayorias, opusiera esta fuerte barrera á los combates de sus antagonistas; y las mayorias, desacreditadas ya, próximas á sucumbir al peso de las circunstancias, batidas en todas direcciones y aleccionadas por la esperiencia, abririan los brazos al único hombre, que pudiera darles fuerza bastante para resistir á sus contrarios, prolongar la lucha y poner en duda la victoria: victoria que como hemos dicho hubiera sido tan fácil despues de haber poseido el íntimo convencimiento de un sistema retrógado ó estacionario.

En nuestro concepto, las minorias deben enmendar con su prudencia la falta cometida por dos de sus miembros: observar, juzgar y preveer; y cuando los hechos hablen, apoyar entonces ó desaprobar la marcha de un gabinete que debió pertenecerle exclusivamente, y que tal vez no se halle muy distante de volver á entrar en su dominio.

El Progreso.

EL NO SÉ QUE.

Hay á veces en las personas ó en las cosas cierto encanto invisible y cierta natural gracia que no puede definirse: esta circunstancia es la que solemos explicar con la frase del *no sé que*.

¿Cual será el fundamento de esta sensacion? Debe creerse que la sorpresa. Verificase esta cuando esperimentamos que una persona nos agrada mas de lo que al principio nos pareció agradarnos, sin poder explicar no obstante como ni por que nos produce semejante efecto.

¿Cuántas veces suelen encontrarse mas gracias en ciertas personas feas que en otras que sin la menor duda son hermosas? ¿Cuántas veces una persona hermosa nos cumple menos de lo que nos prometia su exterior, y acaba por hacernos menos amable de lo que desde luego nos parecia? Nos sorprendio con el bien y despues nos presenta el mal; pero la impresion de este es reciente; y la de aquel ya pasada. Asi acontece con frecuencia que las personas hermosas inspiran una pasion menos fuerte que las agraciadas; y en la gracia menos definible que la hermosura, está el *no sé que*. Un bello traje con un prendido elegante y artistico tendrá vistisidad, y sin embargo valdrá poco si le falta el *no sé que*, ó (digámoslo asi) la gracia. De esta misma causa se deriva que el vestido de una pastora podrá gustar mucho mas que el riquísimo que se lleve á un sarao. Admiramos la magestad de los ropages en las pinturas del Varonés, pero nos admira la sencillez de Rafael y la pureza del Corregio. El primero promete mucho y lo cumple efectivamente: los otros ofrecen menos pero tambien pagan mucho; he aqui el *no sé que* que nos agrada.

Por lo regular este *no sé que* no existe tanto en el exterior como en el espíritu. Un semblante hermoso se manifiesta á primera vista todo entero: las gracias aparecen progresivamente, se ocultan cuando quieren, vuelven á dejarse ver y producen la sorpresa: las gracias estan mas adherentes, á la maneras y movimientos que á la fisonomia, porque estas nacen á cada instante y con muchas modificaciones; en una palabra no tienen las personas sino un modo de ser hermosas; pero tienen infinitos de ser agraciadas. No se encuentran tampoco las gracias en los modales afectados, y en los que se percibe la sujecion sino en cierto desembarazo que se concilie con el decoro social, en el que está el *no sé que*. Ni en el adorno exterior ni en la conversacion place que se deje conocer el arte: es necesario que todo parezca encontrado al paso y no buscado con estudio.

Juan es muy hermoso; pero tiene un *no sé que* que fastidia. Pedro

es feo; pero... ¡ay-hija (se dicen entre si las mugeres)!... que hay en él un *no sé que* que agrada sobremedera. ¡que bonita es Dolores (dicen los hombres)! pero no gusta tanto como Juanita, cuya hermosura vale mucho menos. ¿Que será esto? — ¿Que ha de ser? Que esta preferencia se la lleva el *no sé que* de Juanita.

¿Que amable es fulano! ¿Que atento! — Si; pero se le descubre una cierta falsedad, un *no sé que*. No hay que proseguir; y si se conviene en ello, la amabilidad de fulano queda rebajada en un ciento por ciento.

¿Que diremos al ver á la admirable Carmencita? Su presencia eclipsa á las mas hermosas: añaden Vds. ahora á esto que entre las amables es la mas amable... Que prodigio! ¿Que seduccion! Aun no basta; y es que en ella existe sobre todo un *no sé que* portentoso conjunto de bondad y de gracia que se siente y no se define... Ese es el punto. La seductora... Carmencita es hermosa: otras, aunque no tanto, lo son tambien. Es amable... ¿y bien? Hay muchas amables... pero á estos atractivos reune para agradar un encanto secreto, un prestigio dulcísimo, un... en fin *no sé que*. Basta: estas cualidades la calificarán siempre de muy bella entre las bellas.

FRANCISCO JOSE TALMA,

1763.—1826.

(Concluye)

Llegamos ya á una época importante de la vida de Talma, época de disgustos, de querrela entre los actores y cuyo resultado fue la desercion de Talma, de Dugazon y Madama Vestris del teatro de Faubourg Saint Germain para entrar en el de la calle de Richelieu en donde ya se habia escriturado Monvel. La carrera teatral de Talma desde entonces fue una larga de serie de triunfos: el examen de todas sus sublimes creaciones nos llevaria mas allá de lo que nos permiten los li-

mitos de este artículo, por lo tanto citaremos lo que en pocas palabras dice Madama Stael "Me parece, dice la autora de la Corina, que Talma puede ser citado como un modelo de audacia y mesura, de naturalidad y dignidad, porque reúne un tacto de buen gusto y una originalidad estrordinaria; posee todos los secretos de infinidad de artes porque sus actitudes nos presentaban las hermosas estatuas de la antigüedad, la expresión de su rostro y la de su mirada debe ser el estudio de todos los pintores. El sonido de su voz comueve ya antes que el sentido mismo de las palabras que pronuncia, haya podido excitar las sensaciones del alma. Los encantos de la música, de la pintura, de la escultura, de la poesía, y sobre todo los del lenguaje del alma, he aquí los medios que posee para hacer sentir en los que le escuchan todo el poder de las pasiones generosas o terribles,

En 1793, hizo Talma conocimiento con el general Bonaparte, y se entabló entre los dos una amistad bastante íntima. Al día siguiente de una de las representaciones de la tragedia de la muerte de Pompeyo la que había presenciado Napoleón, fue Talma a verle y empezaron a hablar de la función del día anterior; entre otras cosas, le dijo, "no habeis comprendido bien este papel, al pronunciar el verso Pour moi qui tiens le trône égal à l'infamie pareceis demasiado convencido de lo que decis, y Cesar en aquel momento no creó una palabra de lo que dice, habla de este modo porque está rodeado de romanos, a los cuales le interesa persuadir que tiene horror al trono: pero está muy lejos de pensar que aquel trono, objeto de todos sus votos sea tan despreciable; así es que el actor debe indicar al pronunciar estar convencido de que no dice la verdad." Poco después Talma hizo la misma tragedia en el teatro de la corte en Fontainebleau, y siguió de tal modo los consejos del emperador que este al verle le dijo: "muy bien, he reconocido a César."

Talma hizo construir en Bruoy á la orilla del rio Hieres una

hermosa casa, en la que decia queria ir a vivir cuando se retirase del teatro: reunió á veces en aquella deliciosa morada una infinidad de amigos y de jóvenes que se deleitaban en verle, y con los cuales discutia á veces acerca de las reformas que habia hecho y trataba de hacer en su arte. En una conversacion acerca de su arte se expresó en estos términos: "La casualidad hizo que me encontrase un dia en un salon con los gefes del partido de la Gironda: su semblante sombrío é inquieto llamó mi atención: estaban pintados en sus rostros con caracteres visibles los grandes y poderosos pensamientos que les agitaban: me dije entonces para mi, estos hombres tienen el carazon demasiado grande para que los intereses que les guian tengan por base el egoismo, y encontré al momento una prueba de ello, considerando los peligros en que estaba la patria. Se pusieron á discutir y empezaron por las cuestiones mas interesantes del momento: aquello era magnífico, me creia transportado, y que asistia á las sesiones secretas del Senado romano, así mismo hablarian, me decia, porque la patria llamase Francia, ó llámese Roma, se vale del mismo lenguaje, si aqui no declaman, tampoco declamarian en los viejos siglos: esto es evidente. Estas reflexiones hicieron que pusiese toda mi atención: las impresiones que recibia aunque desnudas de todo énfasis eran profundas: con que la calma, decia yo, aparente en hombres agitados puede conmover el alma? ¿la elocuencia puede obrar con igual fuerza sin entregar á movimientos desordenados? Desde aquel momento adquirí una nueva luz, vi á mi arte regenerado, trabajé desde entonces en hacerme un Girondino, un Cesar hombre, y me acostumbre á hablar de los asuntos mas graves con la naturalidad que se tratan las cosas familiares."

Después de haber conseguido hacer tan felices reformas en la representación teatral, Talma empezaba á llevar hasta en la composición la influencia de su razon y de su buen gusto, y persuadir á

los autores dramáticos á reducir á proporciones naturales, la estatura colosal de los héroes trágicos, si nos es permitida esta metáfora. El primer ensayo que se hizo, según los deseos de Talma, fue la Maria Estuart de Mr. Lebrun. Finalmente, la creación del papel de Carlos VI fue el esfuerzo mas admirable de este célebre actor, pero este esfuerzo fue el último tambien: llevaba ya en sí el principio de su próxima muerte cuando su genio podia crecer y fortificarse todavia; la enfermedad hizo progresos rápidos, y el 19 de Octubre de 1826 su vista, que siempre habia sido bastante débil, se oscureció enteramente; pronunció con mucha fuerza estas palabras: Voltaire! como Voltaire! y no pudiendo después articular apenas un último adiós, espiró. N. de P.

El Panorama.

Una rafaga de aire.

Convulso en torno de mi sien se
ser transparente que mi tez oréa,
diáfana imagen que flotante, leve,
con su trémulo manto me rodea.

Mis dorados cabellos blandamente
riza, esparce, columpia y los azota,
y en torbellino rápido en mi frente
desplegándose elastico rebota.

Ora en giro invisible, vago, errante,
acaricia mis sienes bullicioso;
ó ya de mi cabello vacilante,
se duerme entre las hebras perezoso.

Ora mi frente, en circulo festivo,
cual fantástico velo ciñe al lado;
ora se pierde aereo, fugitivo,
por la azulada atmósfera espaciado.

Ya entre los pliegues del ropón
hirviendo sin cesar revolotea;
ora volátil revoltoso, inquieto,
rastrero entre la grama serpentea.

Ora tendido con fugaz derrame
cruza la vega despertada de olores,
y haciéndoles mecerse, aereo lame
blando y sutil los tallos de las flores.

Es la imagen que ayer forgé soñando
luminosa, liviana cual mi mente;
es el velo de un angel que pasando
de aureola de amor ciñó mi frente.

De alguna tímida virgen
es la ferviente plegaria,
que de mando solitaria
entre aromas á su Dios;

O el impúdico "bien mio"
que lúbricos, fascinados,

en el placer embriagados allí repitieron dos.

Es el canto melodioso de un ruiseñor que hizo salva al ver asomarse al alba con su purpúrea arrebol;

O bien los últimos trinos con que la vega perfuma, cuando en sepulcro de espuma se abisma caduco el sol.

Es del vagante mendigo tal vez el acento mudo, que al verse hambriento, desnudo, esclama el triste: "ay de mí!"

O la voz de dos amantes, que en pláticas seductoras, él la pregunta: ¿me adoras? y ella le responde: sí.

Es el canto de una orgía desacorde y repugnante; es de un trovador amante la enamorada canción;

Es el "perdona Dios mío" del humilde penitente; O bien de algún maldiciente la execrable imprecación.

Liviano ser que ligero vagas perdido, y sin guía, ¿eres algún mensajero que con un dulce "te quiero" mi dueño amado te envía?

Vuélvete, y dile que impreso quedó el "te quiero" en mi mente, pero aguarda, lleva preso entre tus alas un beso que grabarás en su frente.

Y si al besarla galante vez que el rubor la enardece, al oído susurrante le dirás: "es de tu amante" y verás cómo enmudece.

Desciende la gaza al lado que cubre su pecho... no, haz más denso su plegado, que de gasas despojado solo puedo verlo yo.

Y si suspira su boca perfumada, á mi y á ti nos cabe dicha no poca, el aroma á ti te toca, pero el ay! me toca á mí.

R. CAMPOAMOR.

La hermosa Criolla.

ANECDOTA VERDADERA.

Esta mujer era hermosa, pero su belleza tenía un no se que de extraordinario, que afectaba muy particularmente á cuantos la conocían. Es inexplicable la terrible energía que dejaba ver al través de la mollicie de sus formas; sus ojos claros y azules tenían una expresión tal que hacia bajar la vista á los que la miraban, y la sonrisa de sus sonrosados labios, en lugar de inspirar confianza parecia advertir la reserva: todo además en derredor de ella parecia envuelto en este temor, cual si fuese hijo de cierto oculto

instinto: sus hijas pálidas y tristes devoradas al parecer por un mal, interno jamás alzaban la vista en su presencia; si ella acercaba sus manos á sus cabezas para acariciarlas, estas cabezas cubiertas de hermosos rizos, se dejaban caer con un estremecimiento que manifestaba su temor; en vano vi varias veces á otros niños convidarlas á jugar con ellos, las hijas de madama Lalorie sabian jugar; por costumbre siempre se retiraban de todo el mundo, y pensasen defenderse mútuamente, sin hablar y dirigiendo en derredor de ellas miradas inquietas; este silencioso terror era comun á todos los que se acercaban á madama Lalorie; sin embargo, nada se notaba en público que pudiese justificarlo; parecia al contrario, muy tierna y afectuosa con sus hijas, bienhechora de sus esclavos; nunca les hablaba sino con el dulce acento de la bondad; jamás se la habia oido una reprensión acre, se sonreia con todo el mundo las expresiones que usaba familiarmente eran expresiones de cariño. Sola una vez habia yo comido con ella en casa del armador frances, y advertir que no hacia más que gustar los exquisitos vinos que se servian, y al momento entregaba la copa á uno de sus esclavos negros con una sorpresa llena de bondad; sin embargo, estos esclavos, que eran numerosos, se distinguian entre todos por su estado de abatimiento y por lo flacos que estaban; al verlo con aquel aire sombrío y valetudinario alrededor de su linda ama parecian precitos condenados á servir á un ángel. Uno solo, el cochero, era quien brillaba por su salud y robuetez en medio de aquella turba enferma y trémula; mucho se hablaba de esta diferencia, su buen porte era un misterio como el mal estado de sus compañeros de esclavitud. Todas estas circunstancias que fui sabiendo sucesivamente, y que me fueron transmitidas sin intención excitaron mi curiosidad. Madama Lalorie habia causado como he dicho, en mí una profunda impresión desde la primera vez que la ví y estaba persuadido de que en la vida de una mujer habia algun secreto extraordinario. En la casa que yo vivia habia una azotea adonde salia yo por las noches, y desde la que veia la casa de Madama de Lalorie; muchas veces dirigia mi vista hacia ella espiondo algun indicio que me ayudase á descubrir lo que allí pasaba; pero todo estaba tranquilo y silencioso en la habitación de la jóven viuda.

Una sola vez la habia visto entrar en un pavellón situado en medio del jardín y me parecia oír ge-

midos ahogados, pero la ví salir á poco rato sonriéndose, y paseando por el jardín adonde se entretenia componer las flores que el aire ó la lluvia habian estropeado. La casualidad me hizo conocer á una negra anciana de madama Lalorie, llamada Raquel, cuyo nieto venia á verme algunas veces, y era un muchacho de una hermosura poco comun, y de un entendimiento privilegiado. Mingo, que así se llamaba me interesaba mucho, y habiéndole visto algunos dias muy abatido, me arriesgué á hacerle alguna pregunta acerca de su ama, pero el muchacho callaba Raquel á quien solia yo preguntar indiscretamente tampoco quiso decirme nada. Como nada podia averiguar empezé á creer que mi imaginación me habia engañado y cesé de vigilar la casa de mi vecina. Una noche sin embargo me distraje y permanecí en la azotea más tarde de lo que acostumbraba; el aire era abrasador, y me consolaba la fresca brisa que venia de la parte del río. Las estrellas lucian en el firmamento, y en medio del silencio de la noche el más ligero ruido se percibia perfectamente: yo me hallaba recostado sobre la barandilla del terrado, entregado profundamente á mis meditaciones, cuando un grito agudo me hizo estremecer; levanto la cabeza, y á los pocos instantes llegaron á mis oídos otros dos gritos; apenas habian sonado cuando ví en el jardín de Madama de Lalorie dos sombras que pasaron con la mayor rapidez, la una esbelta y vestida de blanco con una arma en la mano que no pude distinguir, y parecia seguir á la otra que huia; ambas se dirigieron hacia la casa, donde ardian muchas luces y subiendo la escalera pasaron así de piso á piso, hasta que la sombra negra apareció en el terrado, siempre perseguida de la azotea, dió un grito y apoco sentí un ruido sordo y pesado, como el de un cuerpo que se desploma, quedando todo, despues de concluida esta escena, en el más profundo silencio. Al poco tiempo la ví bajar á su habitación, en la que noté movimiento; las luces se veian dirigirse de una pieza á otra, al fin cuatro esclavos con lanternas salieron con lentitud, levantaron de debajo de la azotea una masa informe que llevaron silenciosamente al medio del jardín, abrieron un hoyo que cubrieron con tierra despues de haber colocado lo que llevaban, y se retiraron silenciosos sucediendo á esto la más espantosa tranquilidad.

Editor responsable P. M. RAMIREZ
Imprenta de EL ATLANTE.